

COSMOPOLITAN

DICIEMBRE 1998

375 PTAS.

400 en Canarias (sin IVA)

Transporte incluido

(EUROS 2,24)

HALLE BERRY
una luchadora

¿QUE...

**HACER PARA
QUITARME EL
EMPLEO**

**CUENTA MATT
(super) DAMON?**

¿QUIEN...

**NO QUIERE SER
MAS INTELIGENTE**

**CONOCE LA nueva
ETIQUETA DE FIESTA?**

¿COMO...
**ENCONTRAR SUS
ZONAS EROGENAS**
**SER UNA
BUENA JEFA**
**CONSEGUIR UN
ENORME EGO ?**

**¡CELEBRAMOS
LA CONSTITUCION!**
Las mujeres
hemos ganado
pero...
aún nos falta



Alemania DM 12,00
Bélgica FB 187,00
Luxemburgo FLUX
150,00
Holanda HF 11,00
Francia FF 38,00
Reino Unido £ 2,4
Italia LIT 8.000
Suiza FHS 8,00



Desde que el 27 de abril de 1994 las primeras elecciones democráticas enterraran en Sudáfrica la lacra del *apartheid* y dieran el poder al líder de color Nelson Mandela, se abrió en aquel país un proceso de esperanza. En sí mismo, esto no ha sido la varita mágica que ha borrado la anterior situación de injusticia, discriminación y violencia, pero ha espoleado el deseo de salir adelante de amplias capas de la población, hasta ahora perseguidas y marginadas, cuando no encarceladas y torturadas.

Aunque Johannesburgo, por ejemplo, sigue ostentando el triste récord de ser uno de los lugares más violentos e inseguros de la tierra, parece notarse en todo el país un deseo de que las armas queden atrás y den paso al espíritu emprendedor, a las ganas de trabajar, a la iniciativa. Sería falso decir que los problemas han desaparecido, pero si hoy la imagen de Soweto, el injurioso gueto para la población negra, es (también) unas niñas que juegan en un columpio al salir de clase, como lo prueban ▶



Tras el siniestro apartheid que marcó la imagen de Sudáfrica durante décadas, este país, uno de los más ricos de África, presenta hoy un nuevo rostro. En él caben todos los tonos de piel y muchas esperanzas

por Karmentxu Marín. Fotos Maro Kouri

la otra cara



La vida de todos los días: el juego de unas niñas en Soweto; una joven se prueba ilusionada el vestido de novia en una tienda de Claremont, un barrio de Ciudad del Cabo, y una pausa para el cigarrillo y una taza de buen café



de Sudáfrica



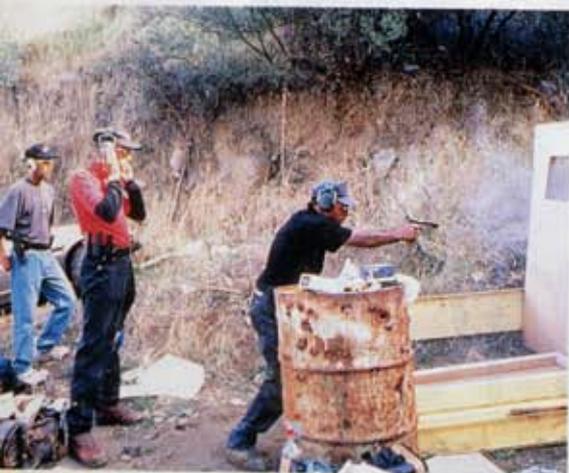
Movimientos de libertad: dos amigos simulan un matrimonio entre personas del mismo sexo. Abajo, una imagen de un ballet moderno y esculturas de la South African National Gallery de Ciudad del Cabo



la otra cara de Sudáfrica

Dos caras distintas: una actuación improvisada para los amigos en un café.

Debajo, jóvenes que se adiestran en el manejo de las armas de fuego

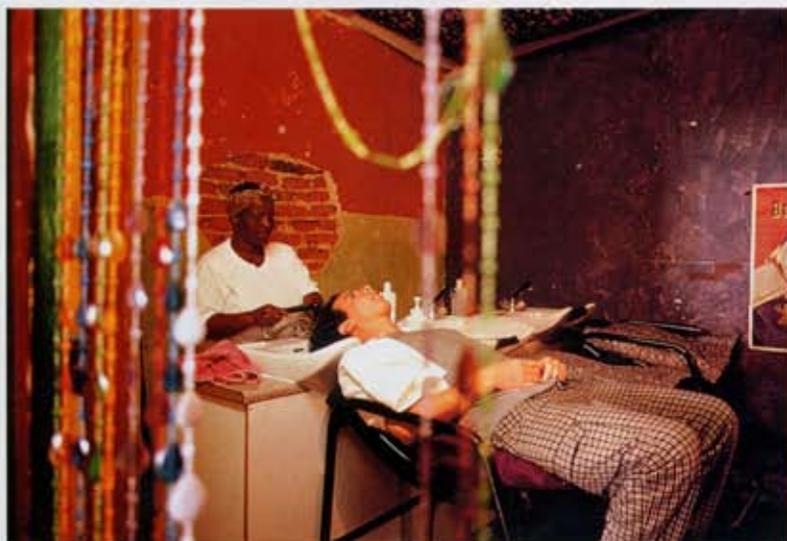


► sus uniformes de faldas plisadas, o si en un bar cualquiera de Ciudad del Cabo la imagen de dos clientes de distinto color compartiendo risas y copas no provoca ni sorpresa ni rechazo, es señal de que las cosas no van por tan mal camino. La juventud es, evidentemente, el grupo en el que más se notan las nuevas esperanzas con las que el país empieza este proceso de redescubrimiento y el grupo en el que, a la vez, se hacen patentes las dificultades para conseguirlo. Que en un mundo mediático como el que

vivimos, en el que las imágenes se transmiten al instante, los jóvenes sudafricanos tengan las mismas pretensiones e inquietudes que en el resto del universo es algo que no puede extrañar. En Sudáfrica, la juventud tiene problemas similares: el alcohol, enormemente controlado, con peticiones continuas del carne de identidad a quienes pretenden consumirlo antes de los 18 años; el tabaco, extraordinariamente extendido, y que se vende en paquetes de 30 cigarrillos; la marihuana, muy fácil de conseguir a cualquier ►



la otra cara de Sudáfrica



Risas y esperanzas: (arriba, izqda.) noche de copas en Rondebosch. Sobre estas líneas, Nkolo, nacida en Soweto, trabaja en una tienda de ropa interior y sueña con ser modelo. Izqda.: Peter the Haircutter, una peluquería negra de Ciudad del Cabo

► edad... y de la que incluso existe una variante local de nombre más que expresivo: "Durban Poison" (Veneno de Durban)... Blancos, hispanos, hindúes se integran y mezclan entre sí con mayor facilidad porque llevan más tiempo de rodaje mestizo que la población negra. Pero las nuevas generaciones tienen una gran ventaja, libres del fardo que atenazó a sus padres: han vivido el *apartheid* de refilón y desean ardientemente una vida normal, con las mismas oportunidades que tienen sus coetáneos de otras latitudes. El deseo de normalidad no es aún totalmente posible y se producen desajustes debidos al miedo a no encontrar trabajo aun habiendo acabado la carrera, a

carecer de expectativas... o, sorprendentemente, a una cierta discriminación positiva hacia los ciudadanos negros. Una joven española que ha vivido allí durante un año afirma que un alumno negro puede contar con más convocatorias para aprobar o más posibilidades de encontrar trabajo porque las empresas y los colegios deben ajustarse a ciertos porcentajes de aprobados y empleados de color. Reglas propias de un período de transición que, en todo caso, no hacen sino ayudar a quienes han estado aplastados durante decenios. Curiosamente, la primera generación que está creciendo en un país en democracia está harta del discurso político de sus pa-

dres, de oír hablar de racismo, y es bastante indiferente a la política. Olvidar el pasado parece ser la consigna implícita, aunque persistan dos Sudáfricas: la de las grandes ciudades llenas de oportunidades —quizás sólo de escaparate y con un acceso a ellas que en absoluto puede darse por descontado— y la de barrios de población negra, donde las salidas son difíciles y los cambios desde 1994 no han sido llamativos ni evidentes. Pero los jóvenes sudafricanos de cualquier raza no piden una amnesia colectiva, sino una segunda oportunidad para borrar las aún innumerables huellas de que el pasado no ha sido cancelado, quizás porque no puede superarse en una sola generación. ☐